



APORTES PARA EL SINODO

APUNTES PARA UNA IGLESIA SINODAL MISIONERA A LA LUZ DEL JESÚS HISTÓRICO Y SU DISCIPULADO DE MUJERES Y HOMBRES

El presente subsidio teológico se centra en la primera parte del "Instrumentum Laboris" para la segunda sesión (octubre de 2024). Sobre todo, en reflexionar sobre "La unidad como armonía en las diferencias", como parte de pensar «¿Cómo ser Iglesia sinodal en misión?». Frente a ello y poniendo los ojos en los aportes de los estudios del Jesús histórico y su movimiento de "un discipulado de iguales" (Schüssler, E., 1989)¹, se intenta dar algunos apuntes para pensar a esta Iglesia que quiere re-crearse en camino sinodal. Para este propósito daré algunas claves que ayuden a reflexionar para que una Iglesia sinodal sea creíble también para las mujeres.

América Latina es un Continente que no puede ocultar la riqueza de los que es el ser humano en toda su diversidad: sus colores, sus acentos, sus suelos, sus cielos, sus trajes, sus tierras, etc. Quizá esto nos ayuda a comprender que, para Jesús, la riqueza y la diversidad de Galilea, no era ajeno al Dios en quien creía. Y eso lo proyectó en su movimiento de hombres y mujeres que le seguían por los caminos. En este sentido, contemplar y saber ver a Jesús y su discipulado puede ayudarnos a responder a «¿Cómo ser Iglesia sinodal en misión?». Maxime si la Iglesia de hoy entiende que la "sinodalidad puede entenderse como el caminar de los cristianos con Cristo y hacia el Reino" (5).

Uno de los rasgos particulares del discipulado de Jesús fue la presencia de hombres y mujeres que seguían a Jesús por los caminos y aprendían de sus enseñanzas. Bajo estos rasgos hay que decir las mujeres también eran discípulas (Schüssler, E., 1989)². Si, a diferencia de los fariseos y esenios, Jesús tenía mujeres discípulas, hay que pensar que para Jesús las mujeres también podían contribuir a lo que es el Reino de Dios como una realidad inminente e histórica, pues para ello llama. A esa diversidad se suma otro rasgo más. A Jesús le sigue gente de distintas condiciones sociales, morales, económicas, etc. Y si Jesús las acogió, vio en ello una gran riqueza. El proceso sinodal puede alinearse bien en esto, pues afirma que valorar la diversidad de los contextos y culturas es una clave para crecer en la unidad (11). Por tanto, parece tener claro que la unidad no debe anular la diversidad que somos desde nuestro ser mujer u hombre, indio o europeo, del sur o del norte, analfabeto o académico, etc.

Y, por cuestión de espacio, menciono un elemento más. Jesús parece entender que el reino de Dios es tarea de todos y todas. Prueba de ello es que Jesús no solo habló para que los hombres entiendan cómo contribuir al Reino de Dios, sino también para las mujeres. Así, habló de un hombre que pone una semilla bajo tierra, como también de una mujer que pone la levadura en la masa. Si esto es así, no se puede poner frenos a los talentos ni siquiera por cuestión de género, pues el Reino de Dios es para todos y todas. Además, no hay texto alguno donde Jesús sea visto poniendo condiciones o límites para que las mujeres le sigan y aprendan de él. Es más, esto debe darse en una real reciprocidad y ha de renovarse con los tiempos, pues es don de Dios (13). Y si es don de Dios dado al ser humano, y la mujer es ser humano, ella también posee dones que pueden contribuir a pensar la realidad desde la justicia del Reino. En este sentido, como dice Schüssler, E. (2007), el discipulado de Jesús no debe ser proclamado si no se le recuerda también como el discipulado de las mujeres³.

¹ Schüssler Fiorenza, E. (1989). *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*, Bilbao: Desclée de Brouwer, p. 148.

² Ibid, pp. 383 – 385.

³ Cf. Schüssler, F. (2007). *The power of the Word. Scripture and the Rhetoric of Empire*, Fortress Press, Minneapolis, p.17.

